PROTREPSIS
Revista de Filosofía

ISSN: 2007-9273
Protrepsis, Año 16, Número 31 (noviembre 2026 - abril 2027) 279 - 288

Recibido: 14/09/2026
Aceptado: 23/11/2026

Ensayo: Entre la escoba y la Filosofía[1]

Mónica Mondragón Castro[I]

[I] Investigadora Independiente
Ciudad de México, México
E-mail: monicamondragonmmc05@hotmail.com
https://orcid.org/0009-0001-5251-7293

Resumen: Este ensayo parte de una experiencia autobiográfica —la de una estudiante de posgrado en Filosofía que, durante la pandemia, intentó sostener la vida intelectual mientras cargaba con el trabajo doméstico de su casa— para reflexionar sobre las condiciones materiales del pensamiento. A partir de esa vivencia se propone el concepto de tiempo propio, distinguido del tiempo libre: mientras este es residual y se define desde el trabajo, aquel es tiempo autoral, estructurado desde la propia pregunta. Se argumenta que uno de los obstáculos más persistentes para las mujeres en la filosofía no es la falta de talento, sino la expropiación del tiempo: una operación que actúa sobre las horas disponibles, sobre la continuidad de la atención y sobre la legitimidad misma de dedicarse a pensar sin culpa. El recorrido dialoga con la tradición que vincula ocio y filosofía y con el pensamiento feminista sobre el trabajo doméstico y el cuidado. El ensayo concluye que la docencia filosófica en el bachillerato no es una renuncia a la vocación, sino una forma de continuarla: una protréptica que ofrece a otros aquello que fue expropiado, un tiempo propio para pensar.

Palabras clave: tiempo propio, trabajo doméstico, mujeres y filosofía, ocio, cuidado, docencia filosófica.

[I] Para la revisión de estilo, la adecuación al formato editorial y la discusión preliminar de algunas ideas se empleó la herramienta de IA Claude (Anthropic). La elaboración, la verificación de las fuentes y la responsabilidad intelectual del contenido corresponden íntegramente a la autora.

Abstract: This essay draws on an autobiographical experience —that of a graduate student in Philosophy who, during the pandemic, tried to sustain an intellectual life while bearing the domestic workload of her household— to reflect on the material conditions of thought. From that experience, the concept of a time of one's own is proposed, as distinguished from free time: while the latter is residual and defined by work, the former is authorial time, structured by one's own questions. It is argued that one of the most persistent obstacles for women in philosophy is not a lack of talent but the expropriation of time: an operation that affects available hours, the continuity of attention, and the very legitimacy of devoting oneself to thinking without guilt. The essay engages with the tradition linking leisure and philosophy and with feminist thought on domestic work and care. It concludes that teaching philosophy in high school is not a renunciation of the philosophical vocation but a way of continuing it: a protreptic that offers others what was expropriated —a time of one's own in which to think.

Keywords: a time of one's own, domestic work, women and philosophy, leisure, care, philosophy teaching.

Hace tiempo decidí que quería habitar el mundo a través del pensamiento. Por eso, años después de concluir la licenciatura en Filosofía, llevé esa decisión hasta el posgrado en Filosofía de la Ciencia. Fue durante la pandemia, mientras el mundo entero intentaba comprender un virus desconocido, cuando comencé esa etapa. Nuestras casas se transformaron en trincheras; el miedo se instaló en los cuerpos y el encierro reveló aquello que siempre había permanecido oculto: la desigualdad cotidiana.

Soy hija única en una familia de seis integrantes. En mi casa, las labores domésticas recaían sobre mi madre y sobre mí. Cada superficie debía desinfectarse una y otra vez, como si la limpieza pudiera conjurar la incertidumbre. Barríamos hasta que el cuerpo dolía; trapeábamos hasta que el olor del cloro quemaba la garganta con una violencia que, por momentos, parecía más tangible que la amenaza del propio virus.

Mientras mis manos sostenían la escoba, mi pensamiento repetía una frase obstinada: *debería estar leyendo*. Debería estar frente a los textos del posgrado, subrayando páginas, tomando notas, persiguiendo alguna idea hasta sus últimas consecuencias. No era un capricho intelectual. Era el duelo por un tiempo que nunca terminaba de ser mío.

Pensar requiere una materia prima de la que rara vez se habla: horas vacías, descanso, posibilidad de detenerse. Como afirmaba Aristóteles: "el ocio parece ser el principio de todas las cosas" (Aristóteles, trad. en 1988: 1337b30–34). Retomando siglos después esta intuición, Josef Pieper desarrollaría una concepción del ocio que no lo entiende como un simple descanso del trabajo, sino como una condición de posibilidad para la vida intelectual (Pieper, 1948/2017: 31-45). La filosofía no nace únicamente de la inteligencia; nace también de la contemplación, de ese privilegio de permanecer a solas con una pregunta hasta que ésta comience a responderse por sí misma. Pero para que ese privilegio sea posible hace falta algo más que el deseo de pensar: hace falta tiempo. Y, en el caso de las mujeres, también ha sido necesario disputar el espacio material y simbólico desde el cual ese tiempo puede existir. Virginia Woolf lo expresó con una imagen que se volvería fundamental: para escribir, una mujer necesitaba dinero y una habitación propia (Woolf, 1929/2013: 7-8).

Yo intentaba leer mientras hacía listas del mercado, preparaba la comida o imaginaba qué faltaba por limpiar. ¿Cómo dialogar con un texto cuando una parte de la conciencia permanecía vigilando el arroz, la lavadora o el siguiente llamado desde otra habitación? Mi experiencia me enseñó que incluso una habitación propia resulta insuficiente cuando el tiempo sigue perteneciendo a los demás. Lo que me faltaba no era una habitación: era un *tiempo propio*. Soledad Murillo (1996: XVI-XVII) estudió esa diferencia con precisión: la vida privada promete la posibilidad de pensar en uno mismo, de disponer de un tiempo para leer, para formarse o simplemente para estar; pero la privacidad de las mujeres suele reducirse a los huecos que dejan las obligaciones familiares, y en esos huecos la entrega ocupa el lugar del tiempo propio. Porque el tiempo propio no es el tiempo libre. El tiempo libre es residual: se define desde el trabajo, como aquello que sobra. El tiempo propio es tiempo autoral: el que se estructura desde la propia pregunta y no desde la necesidad ajena. No requiere ser mucho; requiere ser soberano.

Con las clases en línea ya incorporadas a mi rutina, yo apenas conseguía leer el material indispensable. Participar como hubiera querido era imposible. No porque me faltaran ideas, sino porque las ideas también necesitan reposo para existir. ¿Cómo cuestionar un argumento filosófico mientras cargaba las bolsas del mandado? ¿Cómo elaborar una reflexión propia cuando el pensamiento era interrumpido, una y otra vez, por tareas que parecían infinitas?

La pandemia me lo enseñó de un modo que ningún libro había logrado: vi mi propia inteligencia intacta y, sin embargo, inservible. Comprendí entonces que el mayor privilegio académico no siempre es la inteligencia, sino la posibilidad de pensar sin interrupciones. Y ese privilegio, en mi casa, tenía una distribución precisa.

Mi padre y mis hermanos salían a trabajar. En aquellos meses, salir de casa implicaba también arriesgar el cuerpo para sostener económicamente el hogar, y ese esfuerzo era visible, concreto, incuestionable. Yo tenía una beca; estudiaba; investigaba. Mi trabajo ocurría en otro lugar, uno que

no siempre era fácil de reconocer como tal: frente a una computadora, entre libros, lecturas y preguntas que exigían tiempo y concentración.

Pensar no era un trabajo. Tampoco lo era sostener una casa. Parecía que el cansancio solo adquiría legitimidad cuando dejaba manchas en la ropa o callos en las manos. Nadie veía el agotamiento de quien administra una casa mientras intenta sostener, al mismo tiempo, una vida intelectual.

El trabajo doméstico no solo consume energía física: fragmenta la atención. Y una mente fragmentada difícilmente puede entregarse a la profundidad que exige la investigación. El pensamiento necesita continuidad; el cuidado exige disponibilidad permanente. Son dos temporalidades incompatibles que se disputan un mismo cuerpo: quien cuida debe permanecer interrumpible en todo momento; quien piensa necesita el derecho a no ser interrumpida. Entre ambos existe una tensión silenciosa que rara vez aparece en los currículos, pero que determina quién logra escribir una tesis y quién termina posponiéndola indefinidamente.

Cuando volvimos a las aulas, mi primer día presencial coincidió con un 8 de marzo. No pude evitar pensar en la ironía —o quizá en la profundidad— de aquella coincidencia: regresaba a la universidad para ocupar nuevamente un espacio dedicado al pensamiento, precisamente en una fecha que recordaba las luchas de tantas mujeres por conquistar espacios que durante siglos les habían sido negados. Yo no estaba librando una batalla idéntica a la de aquellas mujeres, pero reconocía en mi propia experiencia una pregunta que seguía vigente: ¿Qué condiciones hacen falta para que una mujer pueda dedicar su tiempo al pensamiento sin tener que justificar constantemente el tiempo que deja de dedicar a los demás?

Los martes, además, mi horario comenzaba a las nueve de la mañana y terminaba a las ocho de la noche. Pasaba prácticamente todo el día en la Unidad de Posgrado y regresaba a casa después de las diez. Pero la jornada no terminaba al cruzar la puerta. Aun entonces me esperaban los platos de la cena y la pregunta cotidiana sobre el desayuno del día siguiente. El conocimiento no suspendía las obligaciones domésticas; simplemente se añadía a ellas.

Después llegó la tesis. Y con ella redescubrí que investigar no consiste únicamente en leer y escribir. Investigar exige silencio, continuidad, concentración; exige un espacio donde el pensamiento pueda demorarse sin culpa. Pero en mi casa siempre había una voz pronunciando mi nombre, una tarea urgente, una necesidad ajena que parecía tener prioridad sobre cualquier idea que intentara desarrollar.

Algunas personas preguntan por qué una mujer no pone límites. La pregunta revela el privilegio de quien nunca ha tenido que negociar su existencia dentro de una estructura que convierte el cuidado y el servicio en una obligación silenciosa. Establecer un límite no siempre es un acto individual de voluntad; a veces es intentar erosionar con un tenedor un muro construido durante generaciones. Pierre Bourdieu (1998/2000: 11-12) mostró que las formas de dominación más

eficaces son precisamente aquellas que dejan de percibirse como tales y llegan a experimentarse como naturales.

Simone de Beauvoir (1949/2015: 371) permite comprender cómo esa naturalización comienza mucho antes de que una mujer se encuentre frente a una obligación concreta. En *El segundo sexo*, plantea que la mujer no nace ocupando un lugar determinado dentro del orden social, sino que aprende a convertirse en aquello que la sociedad espera de ella. La feminidad se construye mediante normas, expectativas y comportamientos que enseñan qué debe desear, cuidar, tolerar y hacer una mujer. Al mismo tiempo, Beauvoir muestra cómo el hombre ha sido colocado históricamente como medida de lo universal, mientras la mujer aparece como *lo Otro*: aquello que existe en relación con él y que, por ello, difícilmente puede definirse desde sí misma. En esa lógica, incluso el deseo de disponer del propio tiempo puede llegar a sentirse como una transgresión, como si dedicarse a una misma fuera restarle algo a los demás. Yo conocí esa transgresión en su forma más doméstica: la culpa de leer mientras los platos esperaban. Incluso el tiempo conquistado se vivía como un préstamo que debía pagarse con culpa; y un tiempo que necesita justificarse no es todavía un tiempo propio: está hipotecado.

Silvia Federici (2013: 36-39) permite llevar esta reflexión desde la construcción de la feminidad hasta la materialidad de la vida cotidiana. Su análisis muestra que la división sexual del trabajo no sólo asignó a las mujeres determinadas tareas, sino que contribuyó a ocultar el carácter productivo de actividades indispensables para sostener la vida: cocinar, limpiar, cuidar, criar, atender las necesidades de otros y reproducir cotidianamente las condiciones que permiten que el trabajo remunerado continúe. Ese trabajo fue desplazado al ámbito doméstico y, al quedar fuera de la lógica del salario, terminó apareciendo como una disposición natural de las mujeres en lugar de ser reconocido como trabajo. Así, lo que parece una sencilla obligación familiar puede formar parte de una historia mucho más larga en la que el tiempo y el cuerpo de las mujeres han sido puestos al servicio de la reproducción de la vida sin recibir el mismo reconocimiento que otras formas de trabajo. Vista desde ahí, la escoba que yo sostenía no era sólo un utensilio: era el punto exacto donde esa larga historia se encontraba con mi biografía. El tiempo de las mujeres no se pierde: se transfiere. La casa funciona como un sistema de vasos comunicantes en el que la demora de unos se alimenta de la disponibilidad de otras. Y el problema no es el cuidado —que es una de las formas más altas de sostener el mundo—, sino que la interrumpibilidad tenga género.

El machismo rara vez se presenta como una prohibición explícita. Con frecuencia adopta la forma de una costumbre tan antigua que ya nadie recuerda cuándo comenzó, y tan cotidiana que termina confundiéndose con el orden mismo de las cosas. Por eso, negarse a servir no sólo significa desobedecer una expectativa familiar; implica cuestionar una forma de organización del mundo que ha aprendido a presentarse como sentido común. Y quizá ahí comienza la dificultad de poner un límite: no basta con decir *no*; primero hay que reconocer que aquello a lo que se está diciendo

que no nunca fue una obligación natural, aunque durante mucho tiempo haya parecido exactamente eso.

Aun así, logré llegar hasta el final de los cursos del posgrado. La tesis, sin embargo, quedó pendiente. Durante algunos meses continué reuniéndome con mi asesor e intentando encontrar, entre las obligaciones cotidianas, el tiempo necesario para no abandonar del todo aquel proyecto. Pero la beca terminó y, con ella, desapareció también el margen que me permitía sostener esa vida académica. La necesidad económica apareció con la contundencia de lo inaplazable y tuve que incorporarme al trabajo remunerado. Entonces ocurrió algo que ya había comenzado a suceder lentamente: el trabajo académico empezó a retroceder hasta desaparecer de mis días. Dejé de leer con la paciencia que exige la filosofía; dejé de escribir; dejé incluso de pensar con la profundidad que alguna vez había imaginado como destino.

No fue una decisión repentina ni una renuncia consciente. Fue, más bien, un desplazamiento silencioso. Primero faltaron algunas horas; después, algunos días. Hasta que aquello que había ocupado una parte esencial de mi vida intelectual quedó reducido a una presencia cada vez más lejana, como un lugar al que todavía quería volver, pero para el que ya no encontraba el camino.

Durante mucho tiempo creí que había abandonado la academia. Hay quienes dirían que deserté; yo prefiero pensar que fui expulsada por una fuerza mucho más antigua que cualquier institución, esa forma del mundo que distribuye el tiempo de las mujeres como si nunca les perteneciera.

Alguna vez soñé con dedicarme a la academia. Imaginaba una vida hecha de libros, preguntas y silencios fértiles. Creía que el pensamiento era una manera de habitar el mundo. No sabía entonces que, para muchas mujeres, antes de conquistar el conocimiento hay que conquistar algo infinitamente más difícil: el derecho al tiempo.

Hoy pienso que fue la academia la que nunca aprendió a mirar las condiciones materiales desde las que muchas mujeres intentamos producir conocimiento. Porque la historia intelectual suele celebrar las grandes ideas, pero pocas veces pregunta quién cocinó mientras esas ideas eran escritas, quién limpió la casa, quién sostuvo emocionalmente a la familia, quién renunció a sus propias horas para que otros pudieran disponer de las suyas. La pregunta no es un reproche reciente: acompaña a la filosofía desde su origen. El ocio que Aristóteles colocó como principio de todas las cosas fue posible porque esclavos y mujeres sostenían la vida material de la *polis*; la contemplación se definió como la actividad más alta presuponiendo, en silencio, que alguien más cocinaba. No es un detalle menor: la palabra misma con la que nombramos a la escuela proviene de *scholé*, el término griego para el ocio, como recordaba Pieper (1948/2017: 7). En su origen, el espacio del saber se llamó como el tiempo liberado de la necesidad. Pero ese tiempo nunca estuvo igualmente repartido: alguien lo disfrutaba porque alguien más lo producía. La tradición filosófica registró cuidadosamente los nombres de quienes contemplaron, y dejó sin nombre a quienes hicieron

posible la contemplación. Así, la filosofía no solo olvidó a las mujeres como pensadoras; olvidó también preguntarse por las condiciones materiales de su propio nacimiento. Cuando una mujer reclama tiempo para pensar no está pidiendo, entonces, un lujo ajeno a la filosofía: está señalando la deuda sobre la que la filosofía se fundó.

En ese sentido, quizá uno de los obstáculos más persistentes para muchas mujeres no sea la falta de talento, inteligencia o vocación, sino la constante expropiación del tiempo. No se trata, además, de una experiencia aislada: en México, la *Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo* registra que las mujeres dedican, en promedio, 39.7 horas semanales al trabajo doméstico, de cuidados y voluntario, frente a las 18.2 horas de los hombres (Instituto Nacional de Estadística y Geografía [INEGI], 2025). La expropiación del tiempo no es una metáfora: tiene estadística. El tiempo no es solamente aquello que transcurre en el reloj; es también la condición material de la atención. Pensar requiere poder demorarse. Una pregunta necesita tiempo para madurar, una lectura necesita interrupciones distintas de las que impone la urgencia cotidiana, una idea necesita incluso el derecho a equivocarse antes de encontrar una forma.

Cuando a una persona se le arrebata ese tiempo, no se le quitan únicamente horas disponibles. Se restringe también su posibilidad de construir una voz propia. Se le exige producir resultados sin concederle las condiciones de silencio, concentración y demora que hacen posible una producción intelectual verdaderamente profunda. Tal vez por eso la desigualdad en la academia no consista solamente en quién puede entrar en ella, sino también en quién puede permanecer el tiempo suficiente para pensar. Vista así, la historia de las mujeres en la filosofía no es la historia de una incapacidad: es la historia de una expropiación.

Quizá por eso, durante mucho tiempo pensé que aquella parte de mi vida había quedado atrás. La tesis inconclusa, los libros que ya no podía leer con la misma calma y la distancia de la academia parecían confirmar que había perdido el camino que alguna vez había elegido. Sin embargo, la filosofía nunca abandonó mi vida. No concluí una tesis ni permanecí en la academia como alguna vez soñé. La necesidad me llevó por otro camino. Hoy soy profesora de Filosofía y de las distintas disciplinas que nacen de ella en el bachillerato. Durante mucho tiempo pensé que ese trayecto era una renuncia; ahora sé que también es una manera de ejercer el mismo oficio.

Hannah Arendt (2016: 208) escribió que toda educación implica decidir si amamos el mundo lo suficiente como para asumir responsabilidad por él y presentarlo a quienes llegan después. Esa idea adquirió para mí un significado distinto al encontrarme frente a un grupo de estudiantes. Enseñar filosofía también podía ser una forma de cuidar el mundo: no reproduciendo respuestas, sino despertando preguntas; no intentando conservar intactas las certezas heredadas, sino ofreciendo herramientas para examinarlas.

Porque educar no consiste únicamente en transmitir aquello que sabemos. También implica acompañar a otros mientras aprenden a mirar el mundo por sí mismos. Cada pregunta que surge en un salón de clases abre una pequeña posibilidad de volver a mirar lo que parecía evidente, de cuestionar una norma, de imaginar otra respuesta. Quizá ahí reside una de las formas más discretas de la responsabilidad que Arendt atribuye a la educación: recibir a quienes llegan a un mundo que ya existe, pero sin impedirles que algún día puedan transformarlo.

En México, Graciela Hierro (1990: 21-22) llamó *domesticación* a la educación que durante siglos preparó a las mujeres para el mundo de adentro, para el *domus*, y defendió frente a ella una educación orientada a la autonomía y al valer propio de las mexicanas. Pienso en ella cada vez que entro al aula: enseñar filosofía a mis estudiantes —y, en especial, a mis estudiantes mujeres— es participar, aunque sea modestamente, en ese tránsito de la domesticación a la educación.

Enseñar filosofía se convirtió así en una manera inesperada de continuar aquello que alguna vez busqué en la academia. No como premio de consolación, sino en el sentido más antiguo del oficio: la protréptica fue, para los griegos, el género de la exhortación a filosofar, la invitación al pensamiento dirigida a quienes todavía no lo habitan. La pregunta que antes intentaba desarrollar frente a los libros y en las páginas de una tesis ahora aparece en el diálogo con mis estudiantes. El espacio cambió, pero permanece la misma inquietud: comprender el mundo lo suficiente para poder preguntarnos qué clase de mundo queremos habitar.

Cada salón de clases se ha convertido en el espacio donde continúo mi labor filosófica. Mi trabajo ya no consiste únicamente en producir conocimiento, sino en sembrar la inquietud que hace posible todo conocimiento. Intento mostrar a mis estudiantes que la filosofía comienza cuando dejamos de aceptar el mundo como una evidencia y empezamos a preguntarnos por qué las cosas son como son. Les invito a desconfiar de aquello que parece natural, a mirar con otros ojos las normas que heredamos, las costumbres que repetimos y las verdades que pocas veces nos atrevemos a discutir. Cada vez que invito a una estudiante a demorarse en una pregunta le ofrezco, quizá, aquello que a mí me fue expropiado: un tiempo propio para pensar.

Si alguna enseñanza deseo dejarles, es que pensar también es una forma de libertad. En cada clase procuro despertar la curiosidad por aquello que solemos dar por hecho: por qué obedecemos ciertas reglas, quién decide lo que consideramos correcto, cómo se construyen nuestras ideas sobre la justicia, el poder, la belleza, la ciencia o la verdad. Les enseño que cuestionar no es destruir el mundo, sino abrir la posibilidad de comprenderlo mejor. Que una pregunta honesta puede ser más transformadora que una respuesta aprendida de memoria.

Quizá nunca terminé la tesis que imaginé durante aquellos años de posgrado. Quizá mi nombre no aparezca en revistas especializadas ni en congresos internacionales. Pero cada vez que un estudiante descubre que puede pensar por sí mismo, que puede disentir con argumentos, que

puede mirar críticamente la realidad que habita, siento que una pequeña parte de aquel sueño sigue viva.

El tiempo también me enseñó que la filosofía no se limita a los muros de la universidad ni a las páginas de una tesis, pertenece, sobre todo, a quienes se niegan a vivir una existencia irreflexiva. Durante mucho tiempo creí que mi vocación había quedado suspendida entre las obligaciones domésticas y los caminos que la necesidad me obligó a recorrer. Hoy sé que simplemente encontró otra forma de existir.

Ser filósofa es, para muchas mujeres, una forma de resistir al olvido. Es la decisión de seguir preguntando incluso cuando el mundo insiste en reducirnos al silencio. Es creer que cada mujer que recupera una hora para leer, escribir o pensar no está reclamando un privilegio: está recuperando una parte de su existencia.

Y si algo aprendí de mi propia historia es que el pensamiento también puede florecer en los lugares más inesperados. A veces no nace en el silencio de un cubículo universitario, sino entre el ruido de un salón de clases, donde una pregunta pronunciada en voz alta encuentra eco en decenas de conciencias que apenas comienzan a descubrir que el mundo también puede pensarse de otra manera.

Tal vez la academia me cerró una puerta. Pero la filosofía encontró una ventana. Y mientras exista una sola persona dispuesta a preguntarse por el sentido de lo que vive, mi trabajo como filósofa continuará. Φ

Bibliografía:

ARENDT, Hannah (2016). *Entre el pasado y el futuro: Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Península.

ARISTÓTELES (1988). *Política*. Manuela García Valdés (Trad.). Gredos.

BEAUVOIR, Simone de 1949 (2015). *El segundo sexo*. Alicia Martorell (Trad.). Cátedra.

BOURDIEU, Pierre 1998 (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.

FEDERICI, Silvia (2013). *Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.

HIERRO, Graciela (1990). *De la domesticación a la educación de las mexicanas*. Torres Asociados.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2025). *Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo* (*ENUT*) 2024. Comunicado de prensa núm. 121/25. México: INEGI. Recuperado de: https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2025/enut/enut2024_CP.pdf.

MURILLO, Soledad (1996). *El mito de la vida privada: De la entrega al tiempo propio*. Siglo XXI.

PIEPER, Josef 1948 (2017). *El ocio y la vida intelectual*. Rialp.

WOOLF, Virginia 1929 (2013). *Una habitación propia*. Alianza.

Acceso Abierto. Este artículo está amparado por la licencia de Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Ver copia de la licencia en: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es